# ¿QUÉ HACER EN EL PERÚ DE 2026?



JOSÉ JUAN PACHECO RAMOS (*)

El primer deber de una izquierda que aspire a transformar el Perú es mirar la realidad de frente, sin consolarse con consignas ni confundir sus deseos con los hechos. Es investigar y tomar nota de todo los conocimientos que configuran nuestra vision del problema peruano. En contra de la voluntad de la inmensa mayoría de peruanos, Keiko Fujimori ha sido proclamada presidenta del país para el período 2026-2031 y su cuestionable victoria, expresa una sociedad dividida, fragmentada y profundamente descontenta. Ese resultado debe ser analizado para comprender qué maniobras lo hicieron posible, qué intereses están representados en el nuevo gobierno y qué contradicciones seguirán abiertas.

Una derrota electoral no es una derrota histórica. Las elecciones determinan quién ocupa temporalmente las instituciones, pero no resuelven por sí solas los conflictos sociales ni eliminan las causas del descontento. La tarea de la izquierda no puede ser esperar pasivamente a que llegue la siguiente campaña electoral. Consiste en comprender el país, acompañar las luchas concretas de su población y construir, junto a ella, alternativas capaces de actuar más allá de procesos electorales.

## ¿Quién tiene realmente el poder?

La política peruana no se entiende mirando únicamente a Palacio de Gobierno. Para conocer cómo funciona el poder hay que observar quién controla las grandes empresas, las finanzas, la tierra y los recursos naturales; quién decide las inversiones; quién influye en los medios de comunicación; quién se beneficia de las decisiones del Estado y quién soporta sus consecuencias. También debemos estudiar la relación entre los grupos económicos nacionales, el capital internacional y las instituciones políticas. El Perú posee soberanía jurídica, pero los gobernantes traicionan repetidamente al país, cediendo el rumbo económico a los grupos de poder nacionales y extranjeros.

Por eso, nuestro análisis debe ir más allá de los nombres de los gobernantes. Debe estudiar las estructuras que condicionan sus decisiones. Cuando se anuncia una inversión, hay que investigar quién la financia, quién obtiene los beneficios, qué empleos genera y qué efectos deja en las comunidades. Cuando se aprueba una ley, debemos averiguar qué intereses favorece y quién paga su coste. Y cuando se proclama que la economía crece, es indispensable saber cómo se distribuye esa riqueza y cuánto de su valor permanece en el país. Por ello debemos dejar la denuncia general y comenzar a hacer denuncias útiles explicando de manera comprensible los mecanismos del poder.

## Fujimori y el nuevo bloque de poder

El fujimorismo toma Palacio en un contexto distinto del de 1990. No sería serio presentar el presente como una repetición mecánica del pasado, pero tampoco podemos olvidar su trayectoria criminal, su concepción del Estado y sus estrechas relaciones con los poderes económicos y los militares. El nuevo ciclo exige observar con atención la composición del Ejecutivo, las decisiones económicas, las políticas laborales y de seguridad, la orientación minera y energética, las relaciones exteriores y la respuesta gubernamental a los justos reclamos de las organizaciones sociales.

A nadie le importan los sombreritos que la “señora K” se ponga o deje de poner, ni sus aventuras personales, ni sus videos en TikTok. Lo que

*(*) Doctor en Filología y Filosofía y Máster en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de las Islas Baleares, Maestría de Historia por la Universidad de París; ha publicado "L'État et la guerre chez les Inkas" (París, 2014), "Jirones de Cultura" (Lima, 2014) y "Madame Bovary y La Traviata: dos mujeres transgresoras" (Riga, 2019), “Déjame que te cuente” (Madrid, 2025)*

nos interesa son sus decisiones políticas y sus consecuencias concretas. ¿Qué sectores económicos ganan influencia? ¿Qué compromisos se establecen? ¿Qué grupos quedan fuera de las negociaciones? ¿Qué lugar ocupan los trabajadores, las comunidades rurales y los pueblos indígenas? Una investigación rigurosa no debe dar por demostradas alianzas que todavía necesitan documentarse: debe seguir los nombramientos, las leyes, los contratos, las declaraciones patrimoniales y las votaciones, y establecer conexiones solo cuando existan pruebas. Así podremos explicar qué intereses forman el bloque de poder y cómo actúa, en lugar de limitarnos a repetir etiquetas y consignas huecas.

## El Congreso, laboratorio de las alianzas

El Congreso bicameral será uno de los espacios decisivos del nuevo período. Como Fuerza Popular no dispone por sí sola de mayoría absoluta, su rumbo dependerá de negociaciones, acuerdos y alianzas con otras fuerzas. Este escenario obliga a la izquierda, a los movimientos sociales y al periodismo crítico a vigilar el trabajo parlamentario de manera permanente. No basta con escuchar discursos ni con reproducir declaraciones: hay que seguir las votaciones, estudiar las leyes, conocer quién dirige las comisiones y comprobar qué intereses se benefician con cada decisión.

La vigilancia democrática no significa rechazar de antemano toda negociación parlamentaria. Significa exigir transparencia y rendición de cuentas, comparar las promesas con los hechos y explicar a la ciudadanía las consecuencias de las decisiones. ¿Quién vota con quién cuando se discuten los salarios, las pensiones, los impuestos, los recursos naturales o las facultades del Ejecutivo? ¿Qué compromisos se hacen públicos y cuáles permanecen opacos? Hay que responder estas preguntas mediante un seguimiento constante del Congreso, sin sustituir la investigación por sospechas ni el análisis por insultos.




## La vida cotidiana de los peruanos como punto de partida

Mientras las élites negocian posiciones y acuerdos, millones de peruanos siguen afrontando empleo precario, trabajo informal, pobreza, extorsión, delincuencia, servicios públicos deficientes y dificultades para acceder a la salud y a la educación. A ello se suman la desigualdad territorial, el abandono de muchas comunidades rurales y la discriminación histórica que sufren pueblos indígenas y poblaciónes rurales. Cualquier proyecto socialista debe comenzar por esta realidad concreta, porque la política no es una discusión abstracta entre dirigentes: afecta la posibilidad de alimentarse, estudiar, trabajar, cuidar a la familia y vivir con dignidad.

La izquierda tiene que escuchar a los trabajadores formales e informales, a los campesinos, a los pequeños comerciantes, a los jóvenes que no encuentran empleo estable, a las trabajadoras del hogar y a quienes viven en barrios en condiciones inhumanas. No se trata de hablar en nombre de todos sin conocer sus experiencias ni su vida. Se trata de crear espacios donde esas experiencias puedan expresarse, convertirse en demandas concretas y encontrar respuestas políticas. Una propuesta será popular no porque se proclame como tal,

sino porque mejora las condiciones materiales de las grandes mayorías y permite que participen en las decisiones.

## Seguridad sin autoritarismo

La delincuencia y la extorsión son problemas reales que golpean a trabajadores, transportistas, comerciantes y familias. La izquierda se equivocaría si aceptara la respuesta a la Bukele consistente simplemente en ampliar la represión sin evaluar sus resultados, ni controlar los abusos. El Estado tiene la obligación de combatir el crimen organizado, el narcotráfico, la trata y la corrupción dentro de las propias instituciones, ya que la participación de serenos, policías y militares en todo tipo de delitos es sobradamentre conocida. Para hacerlo se una necesita investigación criminal eficaz, coordinación entre policía y justicia, inteligencia, protección a las víctimas y mecanismos de control. Nada de esto está garantizado por la organización criminal del fujimorismo.

Al mismo tiempo, una política de seguridad duradera debe atender las condiciones que favorecen la violencia: exclusión, falta de oportunidades, abandono de los barrios y ausencia de servicios públicos. La prevención no sustituye la persecución del delito, del mismo modo que la acción policial no reemplaza las políticas sociales. Seguridad y derechos democráticos no tienen por qué ser enemigos. La población necesita protección efectiva y, a la vez, garantías frente a la arbitrariedad. Desde la izquierda debemos defender ambas cosas y exigir resultados verificables, rechazando categóricamente las falsas alternativas entre indiferencia y autoritarismo.

### Corrupción: seguir el dinero

La corrupción no puede reducirse a una sucesión de escándalos ni a la condena moral de algunos individuos. Es necesario investigar las relaciones entre el poder político y el económico: los contratos públicos, las concesiones, las obras, las asociaciones público-privadas, la financiación de las campañas, los conflictos de intereses y las empresas que se benefician de decisiones estatales. También importa conocer cómo se adjudican los proyectos, quién supervisa su ejecución y qué ocurre cuando el dinero público no se traduce en servicios o infraestructuras útiles. Todo esto es particularmente importante en un país como el nuestro, que se halla atravesado y contaminado por la lacra del narcotráfico, que se ha difundido como un cáncer en todos los sectores y estamentos.

La consigna de trabajo para Yuyay podría ser sencilla: seguir el dinero y explicar los documentos. Eso exige contrastar fuentes, distinguir los hechos probados de las sospechas y evitar acusaciones que no puedan sostenerse. La investigación rigurosa no debilita la denuncia; le da fuerza y credibilidad. Si una obra cuesta más de lo previsto, hay que documentar por qué. Si una empresa obtiene una ventaja, hay que averiguar mediante qué procedimiento. Si una norma favorece a un sector, hay que mostrar sus efectos. Combatir la corrupción significa defender los recursos que pertenecen a toda la sociedad y exigir instituciones que rindan cuentas.

### ¿Para quién crece el Perú?

Durante décadas se ha presentado el crecimiento económico como si fuera, por sí solo, una medida suficiente del progreso. Pero una economía puede crecer mientras una parte importante de la población sigue viviendo en condiciones precarias. La macroeconomía reina en las noticias, pero la microeconomía asfixia a las clases trabajadoras. Por eso la pregunta es quién se apropia de los resultados, quién produce, quién posee, quién exporta, quién paga impuestos y cuánto valor permanece en el territorio. La minería, el gas, el petróleo, la pesca, la agricultura y los grandes proyectos de infraestructura deben analizarse atendiendo tanto a sus ingresos como a sus consecuencias sociales y ambientales.

El Perú no puede resignarse a exportar materias primas e importar productos de mayor valor añadido, como pretende el fujimorismo. Sus recursos naturales deben contribuir a crear capacidad industrial, tecnología, empleo cualificado

y servicios públicos sólidos. Esto no se consigue con una consigna aislada: exige planificación, formación, inversión productiva, fiscalidad justa y negociación transparente con las empresas. También requiere escuchar a las comunidades donde se extraen los recursos y asegurar que sus derechos no sean sacrificados en nombre de un crecimiento cuyos beneficios se concentran lejos de ellas. La cuestión no es oponerse de manera abstracta a toda inversión, sino preguntar qué inversión necesita el país, bajo qué condiciones y para beneficio de quién.

## Soberanía en un mundo de grandes potencias

El Perú no puede analizarse al margen de la competencia internacional. Estados Unidos y China son actores centrales en sus relaciones económicas y estratégicas, en un escenario donde importan el comercio, los puertos, las infraestructuras, los minerales y las rutas del Pacífico. Sin embargo, la alternativa no es una elección obligatoria entre Washington y Beijing. La cuestión de fondo es si el país puede ampliar su capacidad propia de decisión y negociar con cualquier potencia desde la defensa de sus intereses colectivos. Esto es evidentemente lo contrario de la actitud servil y antiperuana de la “señora K” regalando nuestro país a la voracidad de Trump y del imperialism yankee con el “Escudo de las Américas.

Una política exterior soberana debería diversificar sus relaciones, fortalecer la integración latinoamericana, promover la cooperación entre países del Sur y desarrollar capacidades tecnológicas e industriales propias. Soberanía no significa aislamiento, sino poder cooperar sin quedar subordinado. Tampoco basta con cambiar de socio comercial si se mantiene intacta la dependencia productiva. La autonomía se construye cuando una sociedad puede decidir cómo utiliza sus recursos, qué modelo de desarrollo persigue y qué condiciones exige a quienes invierten en su territorio.

## Organizar las fuerzas sociales y disputar las ideas

La sociedad peruana no está formada por un solo movimiento popular, sino por diversas organizaciones con historias, demandas y capacidades diferentes. El sindicalismo, los gremios docentes y de transportistas, las organizaciones campesinas, las rondas, los pueblos indígenas amazónicos, los productores agrarios y las comunidades afectadas por proyectos extractivos constituyen actores importantes, aunque su presencia y actividad varían según la región y el momento. Junto a ellos existen movimientos estudiantiles, feministas, ambientales, de derechos humanos y de familiares de víctimas, así como sectores amplios -trabajadores informales, ambulantes, jóvenes precarios, pequeños comerciantes y habitantes de asentamientos humanos- cuyo potencial de organización no debe confundirse con la existencia de un movimiento unificado.

La tarea no consiste en imponer desde fuera una unidad ficticia, sino en conocer las reivindicaciones, respetar la autonomía de cada organización e identificar los puntos donde pueden construirse acuerdos para luchar juntos en un frente. Lima no es todo el Perú: las realidades de la costa, la sierra y la Amazonía, de las ciudades y las zonas rurales, de los territorios mineros y agrícolas, no son intercambiables. El centralismo es también una forma de distribución desigual del poder y debe formar parte de cualquier análisis serio. Una izquierda capaz de escuchar y articular demandas diversas tendrá más posibilidades de construir una alternativa duradera que otra que se limite a emitir consignas desde las capitales o desde las redes sociales.

La batalla, además, es cultural. Cuando se presenta la desigualdad como inevitable o se responsabiliza exclusivamente a las personas pobres de su situación, se ocultan las decisiones políticas y económicas que contribuyen a producirla. Por eso hace falta explicar, con palabras claras, cómo funcionan las instituciones, quién obtiene beneficios aprovechándose de la situación y qué alternativas existen. La prensa alternativa puede cumplir una función importante si investiga, traduce asuntos complejos a un lenguaje comprensible y pone en contacto a investigadores, trabajadores, artistas, jóvenes y organizaciones sociales. No necesita convertirse en un simple órgano de propaganda; puede ser un espacio de pensamiento crítico, memoria y debate público.




## De la derrota electoral a la construcción

Debemos analizar fríamente la elección de 2026. La derrota de la izquierda en la segunda vuelta -al margen del posible fraude electoral- no elimina las causas del descontento ni hace desaparecer a quienes reclaman cambios. Pero tampoco garantiza que esas demandas se conviertan espontáneamente en una fuerza transformadora. Todos sabemos que el fujimorismo es un fiel vasallo del imperialism norteamericano y que pondrá nuestro país aún más bajo su dominio. Para enfrentarse a esa formidable ofensiva neoliberal hacen falta organización, conocimiento, formación, propuestas concretas y vínculos sociales sostenidos. Es la hora de que la izquierda se una con el movimiento popular, aprenda, corrija errores y ayude a construir una fuerza capaz de derrotar al fujimorismo, en vez de esperar cinco años más para volver a pedir el voto.

Un trabajo útil sería mantener investigaciones continuas sobre quiénes controlan los principales sectores económicos, cómo se distribuyen los contratos públicos, qué ocurre con los salarios y el empleo, qué valor queda en el país tras la exportación de recursos y cómo vota el congreso en las cuestiones que afectan a la mayoría. Debemos investigar antes de opinar, defender los servicios públicos, exigir soberanía sobre los recursos naturales, denunciar y combatir la corrupción con pruebas, luchar por los derechos ya conquistados y por las pocas libertades democráticas y sostener una perspectiva latinoamericana e internacionalista.

Lenin escribió en 1902 una obra fundamental para la revolución rusa y la tituló ¿Qué hacer? Más de un siglo después, el Perú necesita formular su propia respuesta, ajustada a su historia, su diversidad y sus condiciones actuales. ¿Qué hacer ante un país donde se suceden los gobernantes, pero se mantienen profundas desigualdades de clase? ¿Cómo combatir la corrupción, el narcotráfico y la inseguridad ciudadana sin renunciar a los derechos? ¿Cómo lograr que la riqueza nacional se traduzca en justicia social? Y, sobre todo, ¿cómo conseguir que las mayorías populares dejen de ser simples destinatarias de decisiones tomadas por quienes tiene el poder y puedan participar conscientemente en la construcción de su futuro? Esta pregunta puede abrir una nueva etapa: no una respuesta final, sino una invitación a estudiar, debatir y organizarse para transformar la realidad peruana.

¡Hay, hermanos, muchísimo que hacer!